

Aproximación a Pedro Laín Entralgo

Académico Fernando Sánchez Torres*

Desde cuando lo descubrí a través de su libro **Medicina e historia**, quise aproximarme a Pedro Laín Entralgo. Lo hice leyendo sus escritos, que buscaba en las librerías con verdadera avidez. Esa fue la aproximación intelectual; la interpersonal la conseguí cuando, en buena hora, el presidente Belisario Betancur lo invitó a Colombia y me relacionó con él en el Palacio de Nariño. Aprovechando tal circunstancia, el presidente y yo pensamos que deberíamos llevarlo a la Universidad Nacional a dictar una conferencia, idea que desechamos, habida cuenta de la intolerancia ideológica que imperaba al interior del claustro. Para obviar este inconveniente, encontramos adecuado que su intervención se realizara en un escenario apacible, escogido por la Sociedad de Historia de la Medicina. Tuve entonces, como lo tuvieron todos los que acudieron a escucharlo en el Club Médico, el privilegio de oír disertar a uno de los intelectuales más connotados de la España del siglo veinte. El tema: «Relación entre la Medicina y el lenguaje», asunto del cual yo tenía alguna referencia por haber leído su libro **La curación por la palabra en la Antigüedad clásica**.

Aquella inolvidable aproximación -digo inolvidable porque por fin lo escuchaba viéndolo en persona- ocurrió en el mes de octubre de 1983, el mismo año cuando pasó a ocupar el sillón más encumbrado de la más alta academia de nuestra lengua. Para comentar ese ascenso, escribí en el diario **El Tiempo** lo siguiente: «Analizando el grupo de escritores que en España han llegado a ocupar la categoría de académicos de número en los últimos cincuenta años, debe mirarse a Laín Entralgo como un caso especial. Su fecunda y docta pluma supera en mucho la capacidad del más prolífico de sus contemporáneos. Hace algún tiempo se le preguntó, a través de la Radio Nacional de España, cuál era su secreto para poder acumular tantos y tan

disímiles conocimientos y para producir tantas obras de tan alta calidad temática e idiomática. Su respuesta no pudo ser más desconcertante: ordenar las ideas y trabajar con disciplina. Si así de simple fuera, el suyo no sería un caso que indujera a pasmo. Probablemente la modestia le impidió declarar que el resultado se debía a la posesión de una inteligencia privilegiada, cultivada con la devoción de un eremita. En uno de sus libros lo sostuvo: «Quien aspire a saber debe apartarse del mundo».

Pues bien, mediante una rápida aproximación a la vida y la obra de este pasmoso intelectual recientemente desaparecido, espero cumplir el honroso encargo que de manera generosa me hiciera don Jaime Posada, director de la Academia Colombiana de la Lengua.

El médico Laín

El padre de nuestro personaje era un médico rural que ejercía en la provincia de Teruel (Bajo Aragón), más exactamente en el pequeño pueblo de Urrea de Gaén, donde nació la prole. Su padre abuelo fue asimismo médico, en Huesca. Con estos antecedentes no es de extrañar que hubiera un tercer médico en la línea de los Laín, pese a que su progenitor no quería que lo hubiese. El joven Laín Entralgo anhelaba hacer realidad el mejor de sus sueños de adolescente: ser un genio creador de ciencia. Por eso ingresó a la Facultad de Ciencias del Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, en Valencia, para estudiar ciencias químicas, aunque más tarde se matriculó como alumno libre en la Facultad de Medicina. En 1930, a los 22 años, se licenciaba de médico, pues llegó a la conclusión de que también por esta vía podía convertirse en un científico.

Pronto se trasladó a Madrid en busca de lo que no encontraría en provincia: posibilidad de formación

* Presidente del Instituto Colombiano de Estudios Bioéticos.

psiquiátrica, de acrecentar sus conocimientos médicos al lado de Gregorio Marañón y de Carlos Jiménez Díaz, los grandes clínicos de la época, que eran sus paradigmas en las disciplinas hipocráticas. De aquél, sólo a través de sus libros y del coloquio no docente fue su discípulo; de éste, por los avatares de la guerra civil llegó a ser su gran amigo y su alumno fuera de cátedra. En Madrid -«hervidero de pura actualidad», como entonces definiera a la capital-, se hizo psiquiatra. Abrió consultorio y hasta llegó a tener algún enfermo, según cuenta en el libro **Descargo de conciencia**.

Pasada la guerra civil, durante la cual se ofreció como médico castrense -vanamente, por no ser cirujano-, su admirado colega Jiménez Díaz lo invitó, sin convencerlo, a formar parte de su equipo como especialista en patología psicosomática. Teniendo en cuenta que se consideraba un psiquiatra sin especial afición a la clínica e intensamente atraído por los temas de la antropología general, pronto dio respuesta a la pregunta que solía hacerse: «¿Qué camino seguiré en mi vida?». Su decisión fue cerrar la «tienda psiquiátrica», y luego seguir el incierto camino del profesor escritor. Así, de manera lánguida, puso fin a su carrera de médico práctico para dedicarse al «recolecto cultivo del saber» (son palabras suyas), del saber ecuménico, agregó yo.

Sus vocaciones

Ciertamente, la vocación de Laín Entralgo no era la de médico práctico, la de curador de enfermos. Comparándolo con ese otro gigante de la inteligencia, don Gregorio Marañón, hay facetas que los identifican y otras que los separan. Don Gregorio, antes que cualquier otra cosa, fue un médico practicante, un clínico sabio e infatigable; don Pedro, en cambio, fue un teorizante de la Medicina, un obsesivo buceador de su historia y su destino. En lo que sí fueron pares fue en su «vocación de hombre», considerada como la más radical y básica de las vocaciones, la que conduce al conocimiento profundo y a la comprensión de ese espécimen que Linneo llamara con fortuna **Homo sapiens**. Quien quiera comprobar que Laín sí tenía esa vocación, podrá hacerlo leyendo su libro **Teoría y realidad del otro**, del cual habré de ocuparme después. La de Marañón aflora en sus escritos distintos a los médico-técnicos, es decir, en sus biografías y asuntos morales, pero particularmente en su periplo vital. El mismo Laín lo confirma en la densa introducción a las **Obras completas de Gregorio Marañón** cuando dice: «Antes que médico, historiador, escritor y español, en cuanto simple hombre, Marañón fue una persona con vocación de **comprehensor**, en la plenitud de las acepciones terrenales y supraterranas de este vocablo

teológico». Y más adelante: «He aquí su personal «vocación de hombre», del hombre Gregorio Marañón, el peculiar estilo con que su corazón fue **inquietum cor**».

Pero además de la «vocación de hombre», el académico de quien me ocupo poseyó la vocación docente en grado sumo. Para él, ésta tiene dos supuestos: el saber y la voluntad de entregar a otro lo que se sabe. Como Marañón, ambos supuestos los poseyó con creces: por su sapiencia, fue profesor; por su entrega, fue maestro. Consideraba que el arte del verdadero maestro consiste en convertir a los alumnos en discípulos, virtud esta que don Gregorio denominaba «discipulismo».

En alguna ocasión se preguntaba: «¿Qué es eso que solemos llamar vocación?». «En sentido psicológico -se responde-, es aquello cuyo ejercicio otorga a la existencia de cada uno el sentido que él, en su intimidad, considera más verdaderamente suyo». Siendo así, su vocación docente debe relacionarse con esa otra que él sentía como «la benéfica y ensalzadora sirena interior»: la irrevocable empresa de cultivar con seriedad una historia de la Medicina, explícitamente orientada hacia la antropología médica.

Consecuente con su triple vocación, en los inicios de la década de los 40 ingresó formalmente a la carrera docente como catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Madrid, luego de una reñida oposición, no por la calidad de los oponentes, sino por las triquiñuelas de los simpatizantes del **Opus Dei**, que veían en él a un dudoso seguidor de Jesucristo. Pese a ello, en 1942 le es otorgada la titularidad profesoral.

Laín, lector

En 1952, con motivo de la Fiesta Nacional del Libro Español, leyó en la Real Academia de Medicina un corto ensayo titulado «Notas para una teoría de la lectura», el cual consideró algunos lustros después como una de sus páginas preferidas; tal escrito forma parte del libro **Aventura de leer**. En ese ensayo, apartándose del Diccionario de la Real Academia, define lo que es leer como el entendimiento de lo que el autor de una expresión escrita quiso decir con ella, o también un silencioso coloquio del lector con el autor de lo leído, es decir, un «coloquio lectivo».

En su libro ya citado, **Descargo de conciencia**, comentando la queja de los jóvenes españoles de que les tocaba formarse sin maestros, queja que él califica como un indicio de debilidad intelectual, le asigna un lugar destacado a la lectura como instrumento autorformador. «El hombre intelectualmente ambicioso -escribe- siempre sabe buscar y encontrar, unas veces mediante el trato directo, otras a favor de la lectura atenta

y dialogante, quien le enseñe lo que él necesita para volar con alas propias». Conociendo lo alto y lo lejos que voló Laín en el panorama intelectual, puede inferirse que fue un lector voraz, un adicto a la lectura. Buena parte de su vida estuvo entregada al coloquio lectivo, advirtiendo que el suyo no fue un coloquio selectivo. En alguna ocasión declaró paladinamente que leía con fruición cuanto caía en sus manos, a lo cual hay que añadir que sin importar el idioma en que estuviera escrito. La extensa cultura de que hizo gala en sus escritos y en sus disertaciones orales lo hicieron merecedor al título de «docto», de «sabio». La capacidad de lectura, de entendimiento de la misma y, sobre todo, de almacenamiento de información, le sirvieron para destacarse como un intelectual diferente, como un verdadero portento. Utilizando un símil cibernético, puede decirse que las características del disco duro de su cerebro eran realmente asombrosas.

Laín, escritor

En su ensayo sobre la vida, obra y persona de don Gregorio Marañón, preguntaba Laín: ¿«Qué será de cada uno de nosotros en esa segunda existencia mundana que bajo el nombre de «fama» comienza después de la muerte?». Quien a su obra se haya acercado, y mejor aún, si en ella se ha adentrado, habrá de aceptar que en la segunda existencia que para don Pedro Laín Entraigo apenas comienza, irá a salir muy bien librado, por cuanto su admirable legado proyectará su nombre a lo largo del tiempo y las generaciones futuras lo tendrán como un paradigma intelectual de la humanidad.

Ignoro cuál fue en realidad la magnitud de su obra escrita. Alguien hará algún día el inventario, al igual que se hizo con Marañón. Pero es fácil suponer que fue ingente, pues él mismo, 43 años antes de su muerte -oigase bien, 43 años antes- confesaba que había escrito muchas páginas, quizás excesivas. Por su prodigiosa fertilidad, no sería de extrañar que el inventario pusiera de presente que pocos autores, de todas las épocas, lleguen a superarlo.

En su libro **Mis páginas preferidas**, definió que su producción escrita estaba circunscrita a cuatro temas: la historia del saber médico, la antropología general, la preocupación por España y sus problemas, y, por último, la crítica intelectual y literaria. En conjunto, una labor consagrada al conocimiento teórico de la realidad, a la búsqueda, conquista y expresión de la verdad, como él concebía el papel del intelectual, plasmada en libros, revistas y periódicos.

Es válido aceptar que Laín fue un escritor para minorías y, en veces, sólo para eruditos. Un viejo librero

de Bogotá me confió que sus escritos eran de difícil consecución -como en efecto lo son- por su escasa salida, vale decir, por carencia de lectores. Esto, creo, no demerita su condición de escritor; al contrario, pone de presente la profundidad de su cultura. Contados son sus libros que pueden leerse de corrido. Para quienes no somos doctos humanistas, lo común es que se haga inevitable la consulta de diccionarios, pues el autor hace gala de una gran solvencia idiomática. Las repetidas citas en griego, latín y alemán, y menos en inglés, francés e italiano, como también las constantes anotaciones a pie de página, hacen lenta la lectura. En español emplea mucha palabra de circulación restringida, y a veces neologismos de su propio magín, lo que recuerda a nuestro Luis López de Mesa. Sin embargo, quien a su obra se aproxime con paciencia y con afinidad por los temas que trata, encontrará en ella maná para mucho tiempo.

El cristianismo de Laín

La religión, que es el refugio del hombre frente al incierto más allá, fue para Laín una preocupación constante, no porque él no hubiera tomado una posición definida tempranamente, como que desde su adolescencia, cuando estudiaba en el Colegio Mayor de San Juan de Ribera, en Valencia, abrazó con fervor el catolicismo. Su preocupación se explica en razón de que siempre le interesó profundizar en los motivos para llamarse cristiano y comportarse como tal. Los seis años que cursó en Valencia fueron decisivos en su vida. Además de haberse licenciado en Química y en Medicina, hubo un cambio sustancial en su religiosidad: de indiferente se trocó en consciente desde el punto de vista cristiano, o, como él relata, en su persona se produjo una **conversio fidei** y luego una **conversio morum**, vale decir, un cambio relacionado con la fe y también con las costumbres.

En el libro **Estudios de Historia de la Medicina y de Antropología Médica** (1943) se ocupa de la antropología cristiana a partir de la idea filosófica de «la naturaleza humana». En 1952, en el volumen **Palabras menores** incluye un capítulo titulado «Hacia una teoría del intelectual católico». En 1955 publica **Mysterium doloris. Hacia una teología cristiana de la enfermedad**, y en 1957, en **Cuadernos Hispanoamericanos** escribe un ensayo sobre «El cristiano en el mundo». Como vemos, la religión cristiana, la católica, fue para Laín una permanente preocupación, sobre todo relacionándola con la teoría y la práctica médicas. En su ensayo «El cristianismo y la técnica médica» -el cual forma parte del libro **Ocio y trabajo**-, recuerda cómo, en el siglo III, los médicos cristianos adoptaron la

herencia de Galeno, no obstante la oposición de Taciano el Asirio y de Tertuliano, que proclamaban la incompatibilidad del Cristianismo con la ciencia helénica, con la ciencia médica de los griegos. Tengamos en cuenta que Galeno se oponía a la omnipotencia divina; por eso muchos galenistas fueron excomulgados. «¿Cómo, entonces -se pregunta Lain-, pudo el galenismo ser incorporado al pensamiento cristiano?». Luego de un sesudo análisis, donde explica el proceso histórico que condujo a la cristianización del pensamiento griego, concluye que el médico cristiano no solo debe ser creyente de la técnica sino, por sobre todo, hacer uso de ella con fines nobles, dictados por la moral y la magnanimidad.

Contrario a lo que pudiera pensarse, don Pedro no perteneció al **Opus Dei**. Atrás he dejado entrever que existía animadversión contra él. En el año 38, cuando apenas se daba a conocer esta organización religiosa, conoció a José María Escrivá, en Burgos, quien lo invitó a que se integrara a su grupo. Poco después declaró: «Nadie que como hombre y como cristiano tenga una personalidad crítica firme, podrá seguir mucho tiempo el camino abierto por él». «La ascética del **Opus Dei** -decía- se halla lejanísima del modo como yo entiendo el mensaje evangélico».

La «proximidad» de Lain

Publicado inicialmente en 1961 por «Revista de Occidente» y luego en «Alianza Universidad» en 1983 y 1988, el libro **Teoría y realidad del otro** es «un volumen de tomo y lomo», como suele describirse el libro con muchas páginas. En efecto, es un ensayo recogido en 690 apretadas páginas contentivas del más exhaustivo estudio filosófico-antropológico que se haya escrito sobre el «otro», es decir, sobre la persona distinta de aquella que habla; más radicalmente, de aquella que siente y piensa, aunque no hable, como lo define el autor. Su interés por tal asunto surgió cuando, en un rato de ocio, se puso a reflexionar sobre la relación entre el médico y el enfermo, sobre la convivencia con otro durante el ejercicio de la medicina. Producto de esa ociosidad fue la construcción de una teoría radical y comprensiva acerca de la relación con el otro, que dejó abierta, por extensión, la comprensión de la relación terapéutica.

Vuelve, pues, Lain a darle importancia al cristianismo al afirmar que «sólo con el cristianismo podrá existir un problema del otro». «Virtualmente al menos -añade- el problema del otro nace a la historia con la vigencia social del cristianismo».

Rememora que fue Descartes el primer hombre que de modo explícito se propuso el problema filosófico del otro. Luego de tres siglos, el pensamiento filosófico

pasó de ser «yoísta» a ser «comunitario»; de ahí que el término «nosotros» se haya constituido en una palabra clave de nuestra época. La relación interpersonal que Lain, usando un neologismo, llama «vida en proximidad» le da materia para escribir la Tercera Parte de su libro, la cual se inicia con el relato de la parábola del Buen Samaritano, encuentro interhumano considerado por el escritor como el más ejemplar e ilustre. Valiéndose del texto sagrado, se enfrasca en un análisis etimológico de la palabra **prójimo** utilizada en el Antiguo Testamento. Se trata de algo muy suyo: ahondar en el significado de las palabras para entender lo sucedido. Partiendo de lo escrito en el Deuteronomio y en el Levítico («Amarás a tu prójimo como a tí mismo») examina la palabra helénica **plésios** («el que está cerca») y la relaciona con el **ré'a** («compañero») de los textos hebreos, para interrogarse: «¿Cuál era el verdadero sentido de este vocablo en la mente de un israelita en los tiempos de Jesús, cuando el samaritano para todo buen israelita era un sujeto al que había que aborrecer?». Deduce que lo que Jesús quiso con su parábola fue rehabilitar al pueblo de Samaria, cuyo aislacionismo religioso era «una grave desgarradura del mundo antiguo». Amar al otro despojado de toda prevención, viendo en él sólo su condición humana. He ahí el gran mensaje de la parábola. Esa ayuda libre, activa y desinteresada al otro, constituye una vinculación entre hombre y hombre, que Lain llama «relación de proximidad».

Debo citar un fragmento de su libro para entender la actualidad que su mensaje conserva, luego de cuarenta años de haber sido publicado. «El hombre del siglo XX -dice- ha asistido, está asistiendo, a una decisiva crisis histórica del yoísmo, del nacionalismo y del clasismo. ¿Es posible reducir estos tres fenómenos a una raíz común? Pienso que sí. Los tres manifiestan a mi juicio, **una íntima sed universal de comunidad humana**, bajo las catástrofes y crímenes que la prensa diaria tan frecuentemente relata, los tres nos revelan que **el pronombre «nosotros» es una de las palabras claves de nuestra atormentada situación histórica**. El otro se nos ha hecho a todos realidad ineludible, y todos hemos adquirido viva conciencia de ello». Hasta aquí Lain. Viendo lo que ocurre en Colombia, en el Medio Oriente, o en los mismos Estados Unidos de Norteamérica, habrá que aceptar que esa sed de comunidad humana está ausente en buena parte del orbe. Ese pronombre, «nosotros», infortunadamente, no ha adquirido toda la trascendencia que Lain anhelaba, pues lo que impera en los inicios del siglo XXI sigue siendo el «yoísmo» despiadado, inductor de la intolerancia y el odio.

Para ilustrar la portada del libro que comento,

Teoría y realidad del otro (Alianza Universidad), Laín, o el editor, o ambos juntos, no pudieron escoger mejor tema: la pintura en cartón para tapiz de don Francisco de Goya «El albañil herido, o accidentado». En la extremidad colgante de un pergamino enrollado, se aprecian tres figuras masculinas, los tres personajes del famoso cuadro. Dos de ellos llevan, a manera de silla de marinos, a un tercero que se halla desgonzado, seguramente como consecuencia de un accidente de trabajo en la construcción de un edificio, cuyos andamios se observan en un plano no muy distante. La expresión de la cara de los dos obreros samaritanos es todo un tratado de filantropía, de solidaridad con el «otro». Uno contempla con compasiva ternura la cabeza del herido flejada sobre el pecho; el segundo otea en busca de un sitio donde se le pueda auxiliar mejor, donde encuentre ayuda efectiva. Esta escena, sin duda, es la conjunción del yo, del tú y del nosotros, tan profundamente tratada por Laín. Al terminar la lectura de **Teoría y realidad del otro** queda la certeza de que la más radical y básica de las vocaciones humanas debe ser la «vocación de hombre», la única capaz de darle vigencia a la confraternidad pacífica.

Laín y la política

Teniendo en cuenta el momento histórico que le tocó vivir cuando su avasallante intelectualidad comenzaba a abrirse paso, es de suponer que Laín Entralgo hubiera podido escalar las más altas posiciones políticas. Empero, recordando una frase de Hegel, sostuvo que no estaba condenado por Dios a ser político, político de profesión, claro está. De haberlo estado seguramente le hubiera ocurrido lo que a Luis López de Mesa quien, *mutatis mutandis*, en muchos de sus quehaceres fue un Pedro Laín Entralgo: intelectual precoz, médico psiquiatra, profesor de Historia de la Medicina, lingüista, ensayista, sociólogo, antropólogo, académico, rector de Universidad y, sobre todo, ocioadicto. Infortunadamente para nuestro patrimonio cultural, el canto de sirena de la política lo llevó a dispensarle a ésta la mayor parte de su tiempo, que de no haber sido así de seguro hubiera entregado al ocio, interpretado como uno de los fundamentos más profundos y venerables de la cultura occidental. Laín definía ese término, «ocio», como la actividad no trabajosa ni utilitaria en que el hombre logra su más alta y específica nobleza.

Siendo un adolescente -él diría que viviendo la primera adolescencia-, hallándose en Zaragoza dedicado al estudio de la química, un día vio cruzar a Alfonso XIII y a Miguel Primo de Rivera por el paseo de la Independencia y pensó para sí: «Y con todo esto, ¿qué

tengo yo que ver?». Es decir, aún no se había despertado en él una conciencia política. Más tarde, en plena guerra civil y siendo ya un médico psiquiatra y un escritor de nombre respetado, tomó partido político cuando residía en Pamplona. Esto ocurre en 1936, en la época que denominara «de una incipiente segunda adolescencia». Fue cuando se matriculó en la Falange porque creyó que José Antonio Primo de Rivera, según sus discursos, era la solución para los grandes problemas españoles.

Hablando de los artículos que escribiera en el diario falangista de Pamplona, **Arriba España**, aceptaba, cuarenta años más tarde, que se había equivocado de buena fe, y con soberbia y humildad a la vez, hacía público un *mea culpa* en la siguiente frase: «No me avergüenzo de lo que hoy quisiera no haber escrito». El más flagrante de sus errores políticos fue haberse colocado al lado de la Italia fascista y de la Alemania nacionalsocialista durante la Segunda Guerra Mundial. Para él su falangismo fue una «pasión española» que sufrió un proceso de cansancio, que se extinguió una década más tarde, pienso que por causa de la represión subsiguiente a la victoria, la cual estuvo enmarcada por un absurdo y brutal maniqueísmo político-moral. En 1951 declinó el ofrecimiento de subsecretario de Educación que le hiciera el alto gobierno, por tratarse de un cargo político. No quiso darle validez al concepto que le merecía la palabra político: «Conspirador cuando mandan los adversarios o gobernante cuando impecan los amigos». Aceptó, en cambio, la rectoría de la Universidad de Madrid por considerar que era una posición académica.

Reseñado su pasado político, quienes me escuchan entenderán por qué el presidente Betancur y yo creímos prudente evitar su presencia en los predios de la Universidad Nacional.

El españolismo de Laín

El tercer libro suyo que cayó a mis manos fue el titulado **La generación del noventa y ocho**. Al leerlo me di cuenta de que al pensador Laín le preocupaba sobremanera la suerte del devenir intelectual de España, lo mismo que les ocurrió a sus colegas Santiago Ramón y Cajal y Gregorio Marañón. En efecto, ellos constituyeron una trilogía mosquetera en defensa de aquella noble causa, a la cual cada uno aportó valiosa cuota. Lo que Laín dijo de Marañón en discurso necrológico, bien podría decirse de los tres juntos: «Bajo la férrea voluntad creadora y arquitectural del artista de sí mismo latía en él, siempre despierta, siempre activa, una profunda y dolorida pasión española».

El libro que comento no es propiamente un ensayo de crítica literaria, sino un intento inteligente por sacar a la luz el parecido generacional en cuanto españoles y literatos de quienes formaron ese admirable grupo de escritores que espigaron en los años finiseculares del diecinueve. En sus páginas desfilan Azorín, Pío Baroja, Unamuno, Antonio y Manuel Machado, Benavente, Valle-Inclán, Gánivet, Maeztu, y desfila también la tierra española, palpitante, contradictoria, como la describiera asimismo Eduardo Caballero Calderón, luego de que se asomara a la península Ibérica y contara con galanura idiomática lo multifacética y ancha que es Castilla.

En **La generación del noventa y ocho**, su autor se propuso expresar la realidad española a través de esa pléyade de intelectuales. Oigámosle resumir esa realidad: «Amor amargo a España, dura crítica de la realidad española, vivencia de un fracaso colectivo, paso del proyecto de acción al ensueño, expresión literaria de una España soñada». Precisamente, «La España soñada» es un capítulo del libro, donde analiza la forma como vieron su patria de finales del siglo, la de la Restauración, los componentes de la generación y también cómo se dolían con su destino incierto y cómo soñaban con la España ideal, auténtica. Esa generación es definida por Laín como «una generación de soñadores, de esperanzados según el ensueño». De ello da pruebas citando pasajes de las obras de cada uno, lo cual permite deducir lo bien que las conocía. Por eso pudo afirmar que «todos los hombres del 98 han hecho del ensueño la actividad cardinal de su vida». Y más adelante: «Del ensueño hacen un camino para llegar a la España que consideran íntima y auténtica; en él hallan, además, el recurso mágico con que se traban en unidad posible todos los elementos de esa España».

Analizando en su conjunto los escritos de Laín, incluyendo los relacionados con la Medicina, no queda duda de que su propósito y su aporte estuvieron encaminados a dignificar intelectualmente su patria, como lo quisieron los de la generación del 98 y los de las dos siguientes. No en vano muchas veces se interrogó, como Ortega y Gasset: «Dios mío, ¿qué es España?». Precisamente, en su ensayo «Tres generaciones y su destino» se había ocupado de los intelectuales más granados que siguieron a la generación del 98, encabezados por Ortega, Juan Ramón, Marañón, Eugenio d'Ors, y Pérez de Ayala. La tercera generación fue la que le tocó en suerte conformar. Quien haga el estudio crítico de ella habrá de concluir que Pedro Laín Entralgo fue su corifeo, pues amó apasionadamente, con mente y corazón, a la España que tanto le dolía y por la que tanto hizo como intelectual.

Laín, historiador

He dejado de última la aproximación al historiador, no obstante que a esta actividad la considerara su «ensalzadora sirena interior», vale decir, su verdadera vocación. Para Laín, la historia no era un saber adventicio, sino una profunda exigencia vital. Es probable que la circunstancia de haber vivido en toda su intensidad el tremendo drama de la guerra civil, haya sido un detonante que despertara en él la conciencia histórica, la íntima y viva necesidad de conocer razonadamente el pasado para poder proyectar el futuro.

Para darle pábulo a su «vocación de hombre», aprovechó su vocación de historiador, pero de historiador de la Medicina al servicio de la antropología médica. Sus maestros fueron Karl Sudhoff y Henry Sigerist, pese a que nunca oyó sus lecciones ni asistió a sus seminarios. Convencido de que el historiador de la Medicina puede prestar valiosos servicios a la historia de la cultura, de la sociedad, de los pueblos y de las instituciones, se decidió por convertir esa disciplina en su meta profesional, no obstante saber que sólo interesaba a la minoría de los médicos, lo cual no lo desencantaba, pues esos reducidos discípulos constituían la «inmensa minoría» de que hablara Juan Ramón Jiménez.

El libro **Medicina e historia** apareció en 1941. Presumo que fue uno de los primeros que escribió. De lo que sí estoy seguro es de que fue el primero que de él leí, cuando ya llevaba casi tres lustros en circulación. Tal escrito sirvió de base para su tesis doctoral; por eso lo consideraba como su inicial libro científico. Su propósito era demostrar que la Medicina no es pura ciencia natural aplicada, sino que también es ciencia humana y que el acto médico es constitutivamente histórico. Laín conjunta y desarrolla tres temas: el médico, el histórico y el filosófico. Sobre lo médico declara que tiene flancos vulnerables, como no haber vivido intensamente el ejercicio profesional por estar dedicado a otros menesteres; respecto a lo histórico se define como un párvulo aprendiz; y en cuanto a lo filosófico confiesa que es un neófito, un filo-filósofo. Pienso que tales flaquezas declaradas son simple modestia, ya que en este libro se advierte su amplia cultura, su profundidad de pensamiento y su afán por respaldar cada una de sus aseveraciones con numerosas citas, especialmente de autores alemanes, lo cual es explicable, como que -declarado por él mismo- desde 1939 el horizonte de su inteligencia se había germanizado excesivamente. Pese a tal proclividad confesa, en la Alemania nazi no se permitió la traducción del libro al alemán, por citar algunos autores de raigambre judía.

En 1943 publica **Estudios de Historia de la Medicina y de Antropología Médica**, en el que da rienda suelta a su inclinación médico-antropológica. Para Lain el hombre no solo padece dolor «físico» puro, sino también dolor «histórico». Su antropología médica se resume en la definición siguiente: «El médico no lo será nunca por entero -dice- si no es capaz de advertir la existencia de enfermedades en las cuales es fundamental el componente histórico». Para refrendar su aserto trae a colación **le mal du siècle**, el mal del siglo, el mismo que padeció el cómico Garrick, el mismo que sirvió de inspiración a poetas y escritores de novelas en el diecinueve. Recordemos, como ejemplo, la novela **De sobremesa** y los poemas «Gotas amargas» de nuestro malogrado escritor José Asunción Silva.

El capítulo primero del libro de Lain es un «Discurso sobre el papel del médico en el teatro de la Historia». En él se refiere al hombre como cristiano, en el marco filosófico de «la naturaleza humana», tema que ya había tocado San Agustín. Explicable entonces que advierta que la contribución médica a la Antropología no se limita al conocimiento de la realidad somática, sino que alcanza al ser, al hombre trascendente.

Con el ánimo de difundir mejor sus conocimientos histórico-médicos, dio inicio, en 1946, a una colección llamada «Clásicos de la Medicina», de la que fue empresario con dinero prestado. La primera entrega correspondió a Javier Bichat, la segunda a Claudio Bernard en 1947 y un año después circuló la de Guillermo Harvey. Por no ser justificadamente rentable, cedió el negocio al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, bajo cuyo prestigio aparecieron los tomos dedicados a Laenec, a Sydenham y a Vesalio. No poseo ninguna de las entregas de esa colección. Adquirí, en cambio, su libro **Grandes médicos. Una visión humana de la historia de la Medicina** (Salvat Editores, 1961), donde reunió gran parte de sus trabajos relacionados con la vida y obra de eminentes médicos. En la «nota preliminar» registra el espíritu que lo guió en su elaboración: «El historiador -escribe- no es, no debe ser, sólo un aséptico y frío mostrador del pasado. La historia debe escribirse siempre *sine ira*, mas nunca *sine amore*. Cabe incluso decir que sin amor -y por lo tanto sin apasionamiento- no es posible escribir historia, como no es posible hacer nada que humanamente valga la pena».

En 1950 publica **La Historia Clínica. Historia y teoría del relato patográfico** (Salvat Editores), que, al decir del autor, «ayuda al médico reflexivo a entender a profundidad lo que rutinariamente hace mediante el conocimiento del pasado; le incita a perfeccionar su conducta frente a la realidad y por tanto a moverse originalmente hacia el futuro». Tengo subrayado en el prólogo de la primera edición una frase suya que tomé

como consigna y que transmití muchas veces a mis alumnos: «No es completa la formación intelectual de un médico, mientras éste no sea capaz de dar razón histórica de sus saberes». Infortunadamente en nuestro medio, como creo que sucede en casi todas partes, la historia de la Medicina sigue interesando solo a una inmensa minoría.

Embarcado en la docencia como profesión, creyó que el camino adecuado para subsistir honesta y dignamente podía ser la elaboración de un libro de texto. Con ese propósito comenzó a escribir una **Historia de la Medicina**, proyecto que solo fue concluido cuatro años después, por causa de su designación como Rector de la Universidad de Madrid. En 1978, dentro de la llamada «Biblioteca Médica de Bolsillo» de la Editorial Salvat, aparece un nuevo texto de **Historia de la Medicina**, que el autor califica como «un librejo» o un «tratadito», dirigido a estudiantes y a médicos. Leyendo su contenido se concluye que no es tal cosa, sino un manual didáctico, en el que no se pasa por alto ningún sistema, técnica o proceso importante en el progreso de las ciencias médicas. Ediciones Orbis, en 1986, publicó una especie de resumen actualizado, pues en sus páginas ya se comentan la medicina molecular y la medicina automatizada. El libro fue dedicado a su hijo Pedro, el cuarto médico de la dinastía Lain, y está escrito en forma de relato, lo que hace fácil y amena su lectura.

En 1958 circula **La curación por la palabra en la Antigüedad Clásica** (Revista de Occidente), periodo este que el autor circunscribe entre la época de Homero, o mejor, entre la época narrada en la **Iliada** y la **Odisea**, y la época Aristotélica. La sanación por la palabra es desentrañada de la obra de los líricos y los trágicos griegos, de los filósofos presocráticos, de Platón, de la medicina hipocrática y, por último de la **Retórica** y la **Poética** de Aristóteles. Lain concluye que «con la muerte de Aristóteles se acaba en Grecia la especulación original de la acción psicológica de la palabra humana, y por tanto acerca del poder curativo de ésta», pero advierte que más adelante, con el cristianismo, comenzará una nueva posibilidad para la psicoterapia verbal.

Como prolongación de su libro **Medicina e Historia**, en 1964 publica **La relación médico-enfermo** (Revista de Occidente), reeditada en 1983 por Alianza Editorial. Puede decirse que es el desenvolvimiento de su concepción científico-personal de la Medicina, que tiene mucho de teórica, pues, como ya vimos, su experiencia práctica frente al paciente fue muy fugaz. Cuando digo teórica no quiero significar que se trate de algo abstracto, ni que por eso le quite peso específico a sus reflexiones. Las suyas son cavilaciones de

carácter transhistórico y es en esta fuente donde él recoge experiencias para darle fundamento antropológico a la relación entre el curador y el enfermo. Es el germen, no hay duda, de su profundo estudio **Teoría y realidad del otro**, comentado atrás.

El libro **La relación médico-enfermo** es un análisis histórico muy serio de los vínculos entre curador y paciente, que desde los médicos hipocráticos tuvo a la **filia**, a la amistad, como el lazo más vinculante, el que le da hondo sentido humanístico al quehacer médico.

Publicado por Revista de Occidente en 1970, **La medicina hipocrática** es un libro gestado desde cuando se preparaba para concursar a la cátedra de Historia de la Medicina. Hubieron de transcurrir veintiocho años para que apareciera, lo cual no deja duda de que fue un asunto muy bien madurado. Gracias a su conocimiento del griego pudo familiarizarse con el **Corpus hippocraticum** en la lengua original a través del texto publicado por Littré. Un factor inductor para ello fueron las clases informales que en una temporada de veraneo recibiera del docto filósofo español Xavier Zubiri, acerca de lo que Laín Entralgo llama «el orto del pensamiento filosófico», vale decir, la constitución histórica de los conceptos de **physis** o «naturaleza» y de **on** o «ente», que más tarde les servirían de fundamento a sus escritos sobre la medicina griega.

Quien no haya leído este libro que ahora comento, no podrá decir que conoce los orígenes de la Medicina Occidental, aquella que parte desde Alcmeón de Crotona. Para transmitirnos esa historia, Laín bebió directamente en la fuente: los cincuenta y tres escritos hipocráticos que se conocen; luego la escribió con amor, con pasión, como pensaba él que debía relatarse la historia. A Hipócrates de Cos lo llama «héroe epónimo de la medicina hipocrática» y lo reconoce como el verdadero fundador de la medicina fisiológica, la fundamentada en el concepto de **physis**. Comparte la tesis de que Hipócrates es un nombre sin obra, pues no hay evidencias de que él fuera autor de uno solo de los libros del **Corpus**, como tampoco del venerado **Juramento hipocrático**.

Fiel a su inclinación de antropólogo, Laín revisa uno por uno los libros para sacar a flote la antropología hipocrática, que califica de pobre, incoherente y con

frecuencia errónea en muchos de ellos. Ese es, precisamente, el mérito de su trabajo: haber escudriñado tales documentos, un tanto contradictorios, para identificar las ideas y los conceptos sobre un patrón definido que el autor llama «hipocratismo *lato sensu*». Esa esencia hipocrática hace referencia al concepto de la medicina como «técnica», al del *quid* de la enfermedad y del remedio, al de la dignidad profesional del médico, a las limitaciones del arte de curar, y, finalmente, al principio de hacer el bien, jamás perjudicar, fundamento intemporal de la ética hipocrática.

En este rápido recuento de su legado histórico-médico menciono de último el más trascendente: su monumental obra **Historia Universal de la Medicina**, contenida en siete volúmenes de sin igual pulcritud editorial, aparecida en 1972. Considero que sólo Pedro Laín Entralgo podía dirigir esa hazaña cultural, pues ningún otro historiador, de cualquier época o nacionalidad, fue dueño de la capacidad y la autoridad intelectuales suyas para poder convocar y obtener la colaboración de cerca de un centenar de historiadores de varios países de todos los continentes. Como bien lo dice el director de la obra, el médico lector y el hombre culto encontrarán en ella todo lo que el saber y el quehacer de los médicos han sido a partir del momento en que sobre la Tierra hay hombres y enfermedades.

Colofón

Presento excusas por haber abusado de su paciencia, pero no podía desaprovechar esta oportunidad para rendir homenaje de admiración a don Pedro Laín Entralgo, cuya vida y cuya obra bien valían una aproximación, como he querido demostrar. Creo que tanto la Academia de la Lengua como la de Medicina, al auspiciar este acto, han cumplido con el deber moral de reconocer públicamente lo que aquél significara en una y otra disciplinas.

Cierro mi intervención llamando la atención sobre algo que es como el justo y hermoso colofón de la vida de Laín Entralgo: murió de un infarto cardíaco bienhechor a los 93 años de edad, cuando aún acudía a las Academias, en silla de ruedas, es cierto, pero en plena lucidez mental. Sí, tuvo un final digno suyo: su cerebro dejó de pensar sólo cuando su corazón dejó de palpar.